

La estela

Todos los derechos reservados.

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley.

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Título original: *Enlightenment*

En cubierta: *Libro de los Milagros de Augsburgo*, folio 52 © FL Historical Collection 5 / Alamy Stock Photo

© Sarah Perry, 2025

Publicado originalmente en Gran Bretaña en 2024 por Jonathan Cape, un sello editorial de Penguin Random House

Esta edición se publica por acuerdo con

The Foreign Office Agència Literària, S. L., y Lutyens & Rubinstein

© De la traducción, M^a Pilar Lafuente Bergós

Diseño gráfico: Gloria Gauger

© Ediciones Siruela, S. A., 2025

c/ Almagro 25, ppal. dcha.

28010 Madrid.

Tel.: + 34 91 355 57 20

www.siruela.com

ISBN: 978-84-10415-65-2

Depósito legal: M-3.044-2025

Impreso en Cofás

Printed and made in Spain

Papel 100% procedente de bosques gestionados de acuerdo con criterios de sostenibilidad

Sarah Perry

LA ESTELA

Traducción del inglés de
M^a Pilar Lafuente Bergós

 Siruela

Nuevos Tiempos

*A la memoria de David George Perry,
un buen baptista y un muy buen amigo*

*Existen dos apetitos, el apetito de pan
y el apetito del alma ordinaria
por la gracia de la luz. Yo he visto ambos...*

R. S. THOMAS,

«The Dark Well» [El pozo sombrío]

PRIMERA PARTE

1997

La ley de las elipses

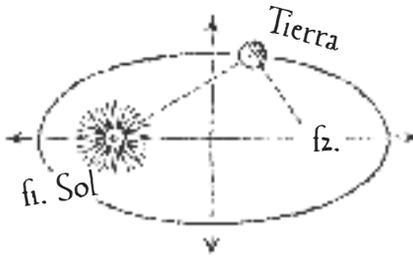


Figura 1

Lunes, finales de invierno, tiempo de perros. El río Alder, crecido por las continuas lluvias, corría a raudales a través de Aldleigh y más allá, llevándose carpas, lucios y páginas arrancadas de revistas pornográficas a su paso por monumentos a los caídos, *pubs* y nuevos polígonos industriales hasta la desembocadura del Blackwater y, a su debido tiempo, hasta el mar. En la orilla, brillaban destartalados carritos de la compra, anillos de boda no deseados, latas de cerveza y monedas acuñadas por imperios en sus años de decadencia. Las garzas se paseaban como ordenanzas con batas blancas entre los juncos fangosos. A las cuatro y media un pescador atrapó una copa, intacta desde que se escribiera con tinta fresca *La batalla de Maldon*, y, tras escupir dos veces, la arrojó de nuevo al agua.

Finales de invierno, tiempo de perros. Unas nubes opresivas, tan bajas como la tapa de un féretro, se cernían sobre la ciudad, un lugar que, de mencionarse, se hace de pasada. Ni Boudica ni Wat Tyler echaron la vista atrás cuando fueron a Londres a vengarse, y si la guerra llegó allí fue solo como una ocurrencia tardía, cuando un Junkers solitario descargó la última de sus municiones y acabó con cuatro almas sin previo aviso.

Thomas Hart, sentado ante su escritorio en su despacho de la redacción del *Essex Chronicle*, contemplaba la ciudad a través de una ventana que parecía disolverse. A esa hora y desde ese punto de observación, las luces surgían cual hogueras prendidas por viajeros que cruzaran una ciénaga inundada: los fluorescentes iluminaban las zapaterías y los quioscos que

aún no habían acabado la jornada, así como el cine y la bolera que abrían sus puertas a dos millas de la ciudad, las lámparas brillaban en el bar Jackdaw and Crow, y a lo largo de London Road se encendían las farolas.

Hombre ya en la cincuentena, Thomas Hart era, para más señas, oriundo de Essex. De alta estatura, conservaba una cabellera tan profusa como la que lucía a los cuarenta, más abundante en la zona del cuello que en la frente. Iba vestido, como siempre había sido su costumbre, con ropa elegida para ser admirada por el observador de gusto refinado: una chaqueta cruzada de *tweed* Harris sobre una camisa blanca con puños adornados por gemelos de plata, y una corbata de seda tejida color avena. Thomas Hart no se engañaba creyéndose guapo, pero consideraba su rostro memorable. Su nariz no era simétrica, sino de un tamaño agradable y enfático; sus ojos eran grandes, directos y casi verdes. En general, tenía un aire como de habitar en un tiempo que no le correspondía. ¿Se hubiera sentido tal vez más cómodo en un comedor eduardiano, por ejemplo, o en la cubierta de un clíper? Es muy probable.

Thomas examinaba un objeto que había encima de su escritorio. Dos discos de cuero del diámetro aproximado de su propia mano aparecían sujetos con un alfiler deslustrado. El disco inferior, pintado de azul, estaba moteado de marcas que no habría podido distinguir ni aunque hubiera estado dispuesto a intentarlo. El azul se veía a través de un gran agujero practicado en la parte superior, y, en el borde, letras doradas mostraban los meses del año, los días del mes y las horas del día. Thomas lo tocó como si tuviera una enfermedad contagiosa.

—¿Qué crees que debería hacer con esto? —preguntó.

Había un hombre más joven sentado en el borde del escritorio, balanceando el pie. Con la mirada baja del culpable hizo girar el disco superior con el dedo. El agujero se movió. El color azul se mantuvo, persistente.

—Pertenece a mi padre —dijo—. Pensé que se te podría ocurrir algo.

Nick Carleton, editor del *Chronicle* e hijo afligido, miraba con diversión no disimulada el pequeño despacho, en el que —a pesar de las persianas venecianas de plástico y el disco duro del ordenador, que zumbaba mientras se esforzaba en su quehacer, y aun cuando el siglo xx se desgastaba en las aceras tres pisos más abajo— daba la impresión de que en cualquier momento podría comenzar a sonar en un gramófono un *lied* de Schubert.

—Sentí muchísimo tu pérdida —dijo Thomas con seriedad—. La muerte de un padre —prosiguió mirando a la ventana con el ceño fruncido— es ley de vida, pero también es una cosa incomprensiblemente sin sentido.

—Nunca lo vi usarlo —respondió Carleton, conteniendo las lágrimas—, y no sé cómo funciona. Es un planisferio, un mapa de las estrellas.

—Ya veo. Y ¿qué crees que debería hacer con él?

La tarde avanzaba obstinadamente. El viento se filtraba por el alféizar de hormigón de la ventana, y una paloma desconcertada chocó contra el cristal y desapareció de la vista.

—Eres nuestro colaborador más veterano —dijo Carleton, y se estremeció con el ruido—. El más admirado. De hecho, diría que el más popular.

«Estoy empezando a hablar como él —pensó—. Se te pega la forma de ser de Thomas Hart, ese es el problema».

—A menudo —prosiguió—, he oído decir que es un consuelo (ese es el sentimiento general, como le dije a la junta directiva) despertarse el jueves por la mañana y encontrarse con tus reflexiones sobre los fantasmas de Essex, la literatura y demás temas, antes de pasar a los asuntos del día.

—La literatura —dijo Thomas suavemente mirando el planisferio— es el asunto del día.

—Tu trabajo tiene un aire anticuado —insistió Carleton—. Permíteme que te lo diga. Yo sostengo que ese es tu encanto. Es posible que otros periódicos busquen a algún joven para que sea la voz de su generación, pero aquí, en el *Essex Chronicle*, nos enorgullecemos de nuestra lealtad.

—Difícilmente podría haber sido la voz de toda una generación —dijo Thomas—, ya que yo soy solo uno.

Carleton observó brevemente al otro hombre, sobre quien había hecho tal análisis que podrían haberlo nombrado catedrático de Estudios Thomas en la Universidad de Essex. Sabía, por ejemplo, que Thomas era un soltero empedernido, como suele decirse, al que nunca se veía en compañía de jóvenes bellezas ni de maduras beldades, que tenía el aire melancólico y religioso de un sacerdote excomulgado, y que era conocido por asistir a una pequeña y peculiar iglesia de las afueras de la ciudad. Tenía modales corteses, considerados afectados por aquellos a quienes no caía en gracia, e irresistibles por aquellos a los que sí; y, si bien no se podía decir con justicia que fuera raro, daba ciertamente la impresión de que era el único representante de su especie. De la familia, amistades, tendencia política, gustos musicales y ocupaciones de Thomas Hart en su tiempo libre, Carleton lo ignoraba todo y, aunque a menudo sentía curiosidad, nunca le preguntaba. Que Thomas había trabajado para el *Chronicle* desde 1976 era fácil de determinar, como lo era saber que había publicado tres novelas breves desde aquella fecha. Llevado por cierta muestra de discreción, Carleton nunca mencionó que poseía las tres, y que las encontró elegantes y elípticas, redactadas en una prosa que tenía la cadencia de la Biblia del Rey Jacobo, y cuyo argumento giraba en torno a profundos sentimientos reprimidos hasta las páginas finales (en las que sucedía algún confuso acontecimiento, generalmente con mal tiempo). Si Carleton fuera su agente literario, podría haberle pedido al otro hombre que se permitiera, al menos en la ficción, decir lo que realmente sentía, y no velarlo todo con atmósferas y metáforas; pero se limitaba a mirar de vez en cuando los baratos cuadernos verdes que seguían a Thomas como si fueran un rastro, y que se apilaban entonces de tres en tres sobre su escritorio («Lunes —leyó subrepticamente—; finales de invierno, tiempo de perros...»). No se le había ocurrido que Thomas no reconociera un pla-

nisferio cuando lo tuviera en las manos, o que una sugerente tentativa de que mirara las estrellas le resultara tan poco grata. Parpadeando, recalibró lo que pensaba acerca de Thomas Hart y adoptó una actitud persuasiva.

—La lealtad —dijo— es una preocupación clave para nosotros. Pero tenemos la sensación de que no te iría mal utilizar material nuevo, y se me ocurrió que tal vez te gustara escribir sobre astronomía. Verás —alcanzó el planisferio y lo movió—, esta es la fecha de hoy, por lo que encontrarás a Orión en el sur.

—Astronomía —dijo Thomas, con la mirada de un hombre que saborea una sustancia amarga.

Hizo girar el disco. De un plumazo, acabó con las estrellas.

—De hecho —prosiguió el editor—, se me ocurrió que podrías escribir sobre el nuevo cometa. —En un movimiento de extracción del acervo de conocimientos heredado de su padre, añadió—: Es un gran cometa; ya sabes, de los que se pueden observar a simple vista. A la gente le gusta ese tipo de cosas. Bird's Custard puso una vez un cometa en sus anuncios. Tal vez sea un mal augurio, ocurra un desastre y tengamos entonces material para la portada —añadió con regocijo ante visiones de incendios catastróficos.

—¿Qué cometa?

—¡Thomas! ¿Es que nunca miras al cielo? Lo llaman Hale-Bopp. Ha salido en las noticias.

—Hale-Bopp —dijo Thomas—. Entiendo. Nunca veo las noticias. —Levantó el planisferio hacia el editor—. No tengo interés alguno por la astronomía. Aunque este cometa atravesara la ventana y aterrizara en la alfombra, yo no tendría nada que decir al respecto.

Carleton rechazó el planisferio con un gesto.

—Quédatelo. Dale una oportunidad. Tenemos que pensar en algo, Thomas (la tirada ha disminuido). ¿Sobre qué quieres escribir, sobre la oveja que han clonado en Escocia, sobre las elecciones generales?, ¿de chismes de celebridades, tal vez, o de las intrigas sexuales del gabinete conservador?

Recibió una mirada de amonestación, como si le hubiera manchado uno de sus immaculados puños blancos.

—Soy demasiado viejo para nuevos trucos —se excusó Thomas.

—Hoy en día —respondió Carleton endureciendo su corazón y mermando aún más el tesoro de su herencia— un buen par de prismáticos ofrece más o menos la misma magnitud que el telescopio de Galileo. Quinientas palabras, por favor. ¿Por qué no empiezas con la luna?

—¿Hay luna esta noche?

—¿Cómo voy a saberlo? —Carleton ya estaba en la puerta; era casi un hombre libre—. Siempre me ha parecido algo poco fiable. Quinientas palabras, por favor; seiscientas, si la noche está despejada.

—Hoy en día —repuso Thomas— las noches nunca están despejadas.

De mala gana levantó el planisferio hacia la débil luz que se filtraba y giró la parte superior. El agujero se deslizó por el cuero pintado, y sobre el fondo azul aparecieron nombres que le resultaron vagamente familiares: Aldebarán. Bellatrix. Híades. Vale, de acuerdo. Quinientas palabras; seiscientas, si la noche estaba despejada. Fuera una cosa u otra, iba retrasado con su correspondencia. Una carta solitaria descansaba en la bandeja de acero, con la solapa levantada y el sello torcido; una carta firmada audazmente con tinta azul:

James Bower
Servicios del Museo de Essex
17 de febrero de 1997

Estimado señor Hart:

Creo que tengo información que podría interesarle.

Como estoy seguro de que sabrá, estamos realizando trabajos de reforma en Lowlands House, y hemos encontrado

unos documentos interesantes. Creemos que podrían estar relacionados con una mujer que residió en Lowlands en el siglo XIX, que desapareció y de la que nunca más se supo. Siempre me ha gustado su columna. Recuerdo sobre todo aquel relato en el que fue en busca del fantasma de Lowlands (y se me ha ocurrido que esta desaparición ¡podiera estar relacionada con la leyenda!). ¿Podría convencerle de que viniera a verme al museo? Abrimos todos los días de 10 de la mañana a 4 de la tarde. Suelo estar siempre en mi despacho.

Atentamente,

JAMES BOWER

Thomas dejó la carta. ¿Era posible que la luz del fluorescente se hubiera atenuado por un momento y evocara de entre las sombras la figura de una mujer desaparecida, que regresaba entonces? No podía ser. Thomas sonrió y se volvió hacia la ventana. La paloma aturdida había dejado su huella grasienta en el cristal, y se elevó, como el Espíritu Santo, tras las persianas venecianas.

«Finales de invierno —pensó Thomas—, tiempo de perros». Ese era un comienzo tan bueno como cualquier otro. Se abotonó el abrigo y salió de la redacción del *Chronicle*. Se había guardado el planisferio en el bolsillo y se pinchó con su alfiler de latón doblado. La luz de la farola daba lustre a un cielo empecinadamente encapotado, y en algún lugar tras él, pensó, se escondía el cometa de Carleton como una carta en un sobre que sin duda traía malas noticias.

Eran más de las cinco de la tarde y el tráfico fluía hacia las afueras de la ciudad. Conforme Thomas se cruzaba con mujeres trabajadoras que llevaban bolsas de plástico de la compra y con escolares que discutían y maldecían, Aldleigh fue

apareciendo a la vista. La lluvia se convirtió en partículas de niebla que pululaban como moscas alrededor de las farolas, y, mientras, Thomas conversaba consigo mismo. ¿A qué podía deberse su falta de interés por las estrellas? Se le ocurrió la inquietante idea de que tal vez temiera que la aniquiladora inmensidad de la órbita de un cometa pusiera fin a su vacilante fe. Por otra parte, se consoló Thomas, Virginia Woolf había escrito algo sobre un eclipse solar, y tampoco había que olvidar el trozo de cometa de Gerard Manley Hopkins (así pues, había precedentes). «Bellatrix», pronunció, y se volvió a pinchar con el planisferio, pero se deleitaba a regañadientes en cada sílaba («Híades»). Se encontraba ahora ante un cruce donde el tráfico se dirigía a toda prisa hacia Londres o a las tiendas y bloques de oficinas de Aldleigh. Deslizándose por entre los coches, Thomas cruzó a la acera opuesta y se detuvo allí un rato. A su izquierda, se encontraba la carretera principal, que llevaba al centro; a su derecha, la carretera que se estrechaba hasta convertirse en un puente de escasa altura sobre el río Alder. Thomas no miraba ni a izquierda ni a derecha, sino que observaba la iglesia que había al otro lado de una reja de hierro en London Road. Estaba flanqueada por un muro cubierto de musgo y por un terreno abandonado que él conocía como Potter's Field; su portón de hierro estaba asegurado con una cadena. La iglesia le miró en silencio a través de un aparcamiento que brillaba bajo la lluvia. La puerta estaba cerrada, y recién pintada de verde. Junto a la misma, florecía un laurel verde, como el de los impíos del salmo 37. Un viento del este que soplaba proveniente del Alder movió el frío aire iluminado, y el laurel bailó en su pequeño lecho negro. La iglesia seguía inmutable. Sus ladrillos eran claros; sus proporciones, austeras. Era un recipiente sellado para Dios. Ningún transeúnte la tomaría jamás por un lugar de culto, y los niños de Aldleigh creían que era un crematorio donde se convertía a los ancianos en cenizas y humo. No había tallas sagradas que flanquearan la puerta ni sonaba campana alguna, y su tejado inclinado de pizarra bri-

llaba azulado cuando se mojaba. Sus siete ventanas ojivales parecían ojos entrecerrados por el sol y, en los días más claros, la luz iluminaba el disco de cristal coloreado que había en el vértice de cada una de ellas. Esta era la iglesia Bethesda, tan fija en el correr del tiempo como una roca en un río. Aldleigh había pasado corriendo por delante de ella, y la había rodeado, sin poder cambiarla nunca. Encima de la puerta, en una estrecha placa, se leía el año de 1888, y, más allá de la estera de cerdas del umbral, volvía a aparecer dicho número. Era como si todos los terribles asuntos del mundo moderno —los tipos de cambio, las competiciones, las obscenidades, publicaciones, elecciones, música y cambios de gobierno— hubieran perdido fuerza ante la puerta verde y hubiesen retrocedido, condenados.

—Bethesda —susurró Thomas, apoyado en la puerta, hablando solo y con una sonrisa pronta en su boca. Entonces, la cadena de la puerta, que debería haber estado cerrada con llave, se abrió y le cayó en el pie. Thomas, reprimiendo la sorpresa, miró confundido a través de la neblina—. ¿Qué ha sido eso? —preguntó—. ¿Alguien lo ha visto?

Nadie escuchó ni pudo contestar. Thomas se inclinó aún más, dudando de sí mismo. Tan solo eran sombras proyectadas por el tráfico, nada más. Aun así, se preguntó qué debía de haber sido aquello. La cadena se movió sobre su zapato. Thomas sintió que su cuerpo reaccionaba como si fuera un animal: se le erizó el vello de la nuca y de los antebrazos, y las cámaras del corazón se le contrajeron.

—Es el fantasma de Lowlands —murmuró, divertido ante su propio miedo—, que ha saltado el muro.

El aire húmedo se abrió y por un momento una sombra pareció solidificarse y tomar forma contra la puerta verde, para desaparecer luego de la vista. Entonces, bajo la fugaz iluminación de los faros de los coches, Thomas vio una marca pintada cerca de la aldaba de hierro de la iglesia. Era algo parecido a una cruz, aunque mal hecha, y emborronada con un círculo. Los faros se alejaron. La marca volvió a sumirse en las som-

bras. Thomas, cuya incredulidad igualaba su curiosidad, cruzó la verja bajo el ruido de tráfico malhumorado, de chicas en la calle principal que se llamaban desde las aceras, así como de algún movimiento furtivo junto al laurel verde. Una sombra se separó entonces de repente, tomó forma y cruzó el aparcamiento hacia Thomas. Llegó con tal maliciosa velocidad que él gritó: «¡Ten cuidado de por dónde vas!», con unos buenos modales que resultaron inútiles, y tropezó cuando una persona con capucha blanca se dio contra él al pasar. Alcanzó a distinguir tres cosas de manera fugaz; a saber: una cara delgada, unos ojos claros y una fina mano que llevaba una lata de pintura. Es posible que también dijera algo, sonido que fue tragado por el tráfico y el aire sofocante. Thomas se giró entonces lentamente y vio cómo el intruso se perdía entre la pequeña multitud que se dirigía a la ciudad.

—Dios mío —dijo Thomas.

Se acercó a la puerta. La pintura corría entre los tablones; el círculo que coronaba la cruz goteaba como una boca abierta. Los jóvenes, se dijo, eran propensos a marcar los arcos ferroviarios en despreocupados actos de desafío, pero no había nada de despreocupado en este símbolo inescrutable ya desdibujado por la lluvia. Más bien, transmitía una especie de malicia incompetente que dejó a Thomas sumido en una sombría melancolía. Sacó su cuaderno del bolsillo y, una a una, fue arrancando páginas que se ablandaban enseguida al entrar en contacto con el aire húmedo, y limpió con ellas la puerta lo mejor que pudo. Luego se dio la vuelta y se encaminó al pueblo, dejando el resto a la intemperie.

Bethesda quedó atrás, impassible en su paz. Más adelante, los quioscos y las tiendas de comestibles bajaban las persianas, una vez acabada la jornada, y un tren que partía hacia Liverpool Street hizo repiquetear los vasos del Jackdaw and Crow. Un hombre con abrigo de terciopelo rojo extendía cajas de cartón al pie del monumento a los caídos y se hizo una almohada con el *News of the World*.

— Buenas noches — dijo Thomas, y recibió como respuesta una imperiosa inclinación de cabeza.

Se dirigió por un callejón en pendiente hasta Upper Bridge Road, que en Essex pasaba por ser una colina, de tal modo que la hilera de casas adosadas de ladrillo rojo que dominaba la cima adoptaba el aspecto de la larga columna articulada de un dragón dormido. Así que subió, para bajar después y continuar hasta Lower Bridge Road, que seguía bajo el arco del ferrocarril, del que se desprendían gotas de lluvia, y que no conducía ni a Aldleigh ni a ningún otro lugar; de hecho, no llevaba a ninguna parte. Allí, treinta y cuatro casas victorianas adosadas construidas para los ingenieros que habían trabajado en la línea de Londres se miraban unas a otras, escondidas detrás de sus coches, de los jardines y de los carteles que instaban a los transeúntes a votar por los laboristas o los conservadores, o a tener cuidado con el perro. Una sola casa resistía a la época moderna. Aquí nunca se oía otra música que no fuera la clásica, ni exclamaciones de telenovelas o películas; y tampoco había evidencias de lealtad a ningún partido político o tribu urbana. Reinaba, en cambio, un silencio insistente, y la impresión de una casa oculta detrás de una niebla tenue pero impenetrable. Era el hogar de Thomas Hart.

Nick Carleton, que se preguntaba cómo vivía el otro hombre, lo imaginaba con afectuosa lástima llevando una vida solitaria en un cuidado apartamento, con una cama estrecha, que se hacía cada mañana sin falta. Se equivocaba. Thomas vivía donde había nacido y donde (así lo pensaba a menudo sin amargura) muy probablemente moriría; no obstante, pese a vivir solo, no se sentía aislado, ya que esto último no es una condición de soledad, sino de anhelo, y Thomas no era un hombre insatisfecho. Los hábitos y gustos de sus padres, que habían sido los de los austeros hijos del particular Dios de Bethesda, se habían arrancado junto con el papel pintado y las alfombras, y nada quedaba ya de ellos, excepto el propio Thomas. Todo era exactamente como él quería que fuese. La mesa

de roble que había junto a la ventana seguía reluciente tras décadas de comidas y trabajo, y brillaba sobre sus gruesas patas torneadas. El sofá era profundo y azul, y estaba parcialmente cubierto con una colcha que su madre no había tenido tiempo de terminar. Una dispar mezcla de lámparas eduardianas, victorianas y *art déco* armonizaba entre sí por obra y gracia de Thomas, y ofrecía su luz desde el aparador y sobre el suelo. Un amplio ventanal orientado al este brindaba una sola hora de sol naciente antes de que la habitación se oscureciera a la sombra del puente del ferrocarril, y, cuando se encendía fuego en la chimenea, caléndulas amarillas florecían en los azulejos circundantes. Las paredes estaban forradas de libros en una disposición que habría hecho las delicias de cualquier bibliotecario, exceptuando aquellos escritos por Thomas Hart, que se interponían aquí y allá, ya que nada halagaba más su vanidad que visualizar a las criaturas de su imaginación en diálogo nocturno con Emma Bovary hecha un figurín, o con la señora Dalloway, preocupada por sus listas de la compra. Cuadros varios —una litografía firmada por Picasso, un óleo de un mar embravecido realizado con destreza...— colgaban en cuidadoso desorden. Ocupando un gran espacio que no merecía, una pequeña fotografía mostraba la iglesia Bethesda el día de su inauguración, en 1888: un sol despiadado abrasaba el césped mientras hombres barbudos de aspecto sombrío posaban junto a mujeres que lucían sombreros de verano; más allá del muro de la iglesia, en la tierra no consagrada de Lowlands Park, una mujer con la cabeza descubierta permanecía de pie a la sombra de un olmo, con la vista alzada hacia el cielo. Thomas encendió las lámparas y la contempló un instante. De niño la temía, ya que su rostro en la sombra no tenía rasgos definidos, pero ahora la consideraba una inquilina, y su vestido y su cuello encorvado se hacían cada vez más visibles tras el cristal.

Se preparó algo de comer: rábanos en un platillo con sal de Maldon y aceite de oliva junto con un buen pan de centeno

y vino tinto, que sirvió con el deleite de un hombre entregado a los placeres mundanos. Los llevó a la mesa junto con la carta y el planisferio, y los examinó mientras comía y bebía. «Quizá suceda un desastre», había dicho Carleton; y Thomas volvió a sentir el golpe de la criatura encapuchada que huyó de Bethesda con pintura en las manos. Pero eso no había sido un desastre, sino solo algo extraño, y se le borró con rapidez de la memoria en el orden y la tranquilidad de su hogar, así que Thomas, que tenía un don para la autopersuasión, comió un rábano plácidamente.

Es ya tarde ahora. El hombre del abrigo rojo duerme sobre el *News of the World*, en el Jackdaw and Crow se piden las últimas rondas, un petirrojo desconcertado canta en la farola, y la carta de James Bower se ha manchado de vino. La mesa estaba repleta de baratos cuadernos verdes colocados junto a un ordenador portátil, que parecía insolentemente moderno en contraste con el roble pulido y el vaso vacío con borde dorado. Suspirando, Thomas levantó la tapa y miró con el anhelo y la desgana de un escritor el documento en blanco que le hería los ojos con su resplandor. No deseaba nada más que escribir y, al mismo tiempo, preferiría hacer cualquier otra cosa (era el propósito de su vida, pero también su cruz).

—En cualquier caso, todo es inútil —le dijo a la mujer de la fotografía—; nada arruina más algo que tratar de describirlo. Además, no tengo nada que decir.

Entonces, se escuchó el canto de un petirrojo. Se oyó, tal vez, a la mujer de la fotografía que hablaba tras el cristal, desde detrás del muro de Bethesda: *Sigue adelante, ¡vamos! Estás en tu quincuagésimo primer año, y el tiempo pasa.*

Bien, de acuerdo. Finales de invierno, tiempo de perros. Un comienzo tan bueno como cualquier otro. Sigue adelante, Thomas Hart.